

y cuando Catalina se propuso, bien que en un principio no pasó de teorías generales, hacer algo en pro de los siervos y protegerlos contra los caprichos de sus verdugos. De todos modos, la tentativa de los esclavos para romper sus cadenas no tuvo éxito alguno, continuando las cosas en el mismo mal estado, y aun en algunos puntos, la guerra de los vasallos en vez de mejorar empeoró la situación de las masas.

La seguridad del trono de Catalina ganó mucho con la feliz desaparición del peligro que, por parte de Pugatscheff, la había amenazado. Esto conseguido y terminada casi al propio tiempo la guerra turca, dedicóse enteramente a la pacificación del imperio, cuyos intereses tan lastimados se habían visto por la insurrección. Durante largo tiempo todavía fué preciso castigar y recompensar, teniendo que desti-

narse considerables sumas á indemnizar á las familias nobles que habían sido saqueadas. Fué menester también acallar el hambre de las masas, á las cuales la pérdida de la cosecha de aquel año terrible podía llevar hasta el crimen. En la vía de las reformas se pensó en imbuir en los órganos de la administración un espíritu más levantado; en elevar, por medio de la instrucción, el nivel intelectual de los sacerdotes; en hacer desaparecer los abusos de que eran víctimas los vasallos y «el pueblo extranjero»; y en disminuir, por medio de enérgicas medidas, el peligro que ofrecía la conducta de los cosacos. Por de pronto hubo que contentarse con ver desaparecer la posibilidad de un triunfo de la oclocracia sobre los gobernantes y gobernados, sobre el Estado y la sociedad.

CAPITULO V

UNA PRETENDIENTE

Pasado de la aventurera.—Instrucciones de la emperatriz.—Prisión de la pretendiente.—Su muerte.—Leyendas

Por el mismo tiempo en que Pugatscheff se presentaba como pretendiente en el Sudeste de Rusia, aparecía en la Europa occidental una supuesta hija de la emperatriz Isabel (1).

Muchos han contado y varios creído que del matrimonio de Isabel con Alejo Rasumovsky nació algún hijo, pero esto ha sido puesto en duda á consecuencia de las modernas investigaciones (2).

En 1774 sucedió que, en Italia, una aventurera, cuyo verdadero origen no conocemos todavía, se presentó de repente con pretensiones á la corona de Rusia, fundándose en que era hija de la emperatriz Isabel.

(1) Las fábulas que Castera y Helbig refieren acerca de la princesa Tarakanoff, han sido creídas por algunos, lo propio que otras referidas por los mismos autores; pero necesitan ser rectificadas, pues hoy está probado que el nombre de «Tarakanoff» nada tiene que ver con la aventurera presa en Liorna en 1775. Que las observaciones de Schlözer hayan podido dar pie á una mala inteligencia acerca de una porción de hijos de Isabel y de Alejo Rasumovsky que hubieron de llevar el nombre de «Tarakanoff», se explica por lo que dice Wassiltschikoff en su biografía sobre los Rasumovsky, inserta en el *Siglo diez y ocho*, II, 443-445. En efecto había algunos sobrinos de Rasumovsky que llevaban el nombre de «Daragan.»

(2) Véase la excelente investigación de Wassiltschikoff, en la obra citada, II, 439. Mientras Bludoff, Melnikoff y otros dan crédito á las tradiciones segun las cuales varios hijos y una hija de Isabel pasaron su vida en los conventos, Wassiltschikoff opina que Isabel no tuvo probablemente hijo alguno. Melnikoff, en su obra *La princesa Tarakanoff y la princesa de Wladimir* (San Petersburgo, 1868), reúne las pruebas que ha creído hallar, todas de escasa fuerza, acerca de la existencia de dos hijos de Isabel; pero su libro no es notable sino bajo el punto de vista literario; le falta espíritu crítico, y no hace más que dar atractivos novelescos al asunto: por eso estima en mucho las narraciones de Castera y de Helbig. Aunque parezca tener cierta fuerza la circunstancia de que se apoye en un trabajo de W. Panin, inspirado en los documentos oficiales é insertado en los *Documentos de la Sociedad moscovita para la historia y antigüedades*, (1867 I, 1), y sostenga que la supuesta hija de Isabel lo era de Alejo Orloff, Melnikoff es un escritor novelesco. La excelente obra de Panin se titula claramente *La supuesta hija de la emperatriz Isabel*, 1867, con algunos complementos de G. Brevern.

La misteriosa extranjera, bella é inteligente, de fácil conversación y de gran talento para inventar increíbles y maravillosas historias de su pasado, había viajado mucho y llevado distintos nombres antes de ir á Italia y á pesar de su juventud (decía que había nacido en 1752, pero contaba, al parecer, algunos años más), tales como la señorita Franck, Schöll, Tremouille, etc. En Londres se fingió princesa oriental, con el nombre de Aly Emetea, y en Venecia se presentó como condesa de Pinneberg. El embajador inglés en San Petersburgo pretende que era hija de un posadero de Praga, y el cónsul inglés en Liorna sostenía que era hija de un panadero de Nuremberg. En París y en Londres vivió con toda clase de caballeros de industria y aventureros y trabó relaciones, entre otros, con el embajador de Polonia en París, Oginski, y con el príncipe de Limburgo-Styrum, el cual la amaba apasionadamente y le había dado palabra de matrimonio. Con él vivía en el castillo de Oberstein, manteniendo, á pesar de esto, continuos amoríos; recibía por varios conductos dinero que gastaba en seguida; estaba en correspondencia con elevados personajes y se ocupaba algunas veces en negocios de política. Las relaciones que sostenía con los emigrados polacos la indujeron á representar el papel de pretendiente al trono de Rusia.

Después de varios viajes y de haber corrido muchas aventuras, llegó á Italia, se presentó en Venecia y en Ragusa en relaciones con respetables polacos, y entre ellos el príncipe lituano Radziwil, hombre muy ilustre é inmensamente rico; y en seguida comenzó á fingirse hija de la emperatriz Isabel y á contar que durante su niñez había sido conducida á Siberia y de allí llevada á la corte del schah de Persia, etc., etc.

Por aquel tiempo los periódicos hablaban mucho de Pugatscheff y de la guerra turca; en vista de lo cual la aventurera manifestó el propósito de dirigirse á Constantinopla, y pretender desde allí la corona rusa. Segun parece, el gobierno francés se mostró, durante mucho tiempo, dispuesto á apoyar á aquella pretendiente, que en Venecia vivía en la

residencia del embajador francés, y en Ragusa en casa del cónsul de Francia, y era tratada como princesa rusa por todas las personas que la rodeaban. Las cartas que á ella dirigía el príncipe de Limburgo decían: «A la princesa Isabel de todas las Rusias.» Es de suponer que en su conducta aventurera ejerció gran influencia la Polonia. Los enemigos de Rusia la consideraban como un instrumento que podían utilizar en su lucha contra Catalina. Así por ejemplo muchos documentos que en apoyo de sus pretensiones adujo, tales como un supuesto testamento de Pedro el Grande, otro de Catalina I y otro de Isabel, fueron inventados por otras personas, por más que fuese ella quien los escribiera. En el último de estos documentos podía leerse que Isabel nombraba heredera á su hija que se encontraba bajo la tutela de Pedro de Holstein. Difícil es determinar la parte que en tan atrevidos planes tomaron los extranjeros. La pretendiente esperaba por intermedio de la Puerta hacer circular por Rusia manifiestos y conquistarse las simpatías del pueblo; pero cuando los respetables polacos Oginski y Radziwil se apartaron de ella, quedó abandonada á su propia iniciativa, y el poco conocimiento que de Rusia y de las condiciones de aquel país tenía fueron causa de su ruina.

La aventurera cometió dos faltas graves: la de hacerse pasar por hija del hetman de los cosacos, Cirilo Rasumowsky, cuando no era este sino su hermano el que había estado en relaciones íntimas con Isabel, y la de creer fácil conquistar y hacer enemigo de la emperatriz al conde Alejo Orloff que por aquel tiempo cruzaba con una escuadra rusa los mares italianos. No deja de ser también prueba de gran simpleza, el hecho de dirigir á la escuadra rusa un manifiesto, en el cual aquella extranjera, apoyándose en el testamento de la emperatriz Isabel, se llamaba «Isabel II» y exigía que todos le prestasen juramento de vasallaje.

En una carta dirigida á Orloff asegura que Pugatscheff era su hermano, es decir, hijo también de Rasumowsky: soñaba además con la protección del sultan, con la cual esperaba poder contar, y con el partido que creía tener en un pueblo que gemía bajo el yugo de una ambiciosa. Prometió además recompensar á Orloff colmándole de honores y le pidió que le facilitara el dinero necesario para hacer un viaje á Constantinopla.

Durante algún tiempo vivió la desconocida en Nápoles, y luego en Roma, donde fué objeto de grandes atenciones por parte de los jesuitas y donde se encontró, como á menudo le sucedía, en la mayor escasez de dinero.

En una carta que escribió al embajador inglés, Hamilton, hablaba de Pugatscheff no como de un hermano, sino como de un joven cosaco que había sido paje de la emperatriz Isabel, había recibido su educación en Berlín y había acabado por ponerse al frente de los descontentos. Aquella carta contribuyó en alto grado á la suerte que le estaba reservada, pues Hamilton la hizo llegar á manos de Orloff por conducto del cónsul inglés en Liorna.

En setiembre de 1774 participó Orloff á la emperatriz la aparición de la aventurera, escribiendo entre otras cosas: «No sé si existe ó no tal persona (es decir una hija de Isabel); pero aun cuando existiera y se esforzara en conseguir lo que no le pertenece, esto equivaldría á atarse una piedra al cuello y arrojarse al agua. Remito á V. M. la carta (de la extranjera á Orloff): así podrá apreciar mejor V. M. las intenciones que anuncia. Páreceme que el estilo de esa epístola se asemeja al manifiesto de Pugatscheff. Quizás se ha querido poner á prueba mi fidelidad á V. M.: por mi parte, nada he contestado para no tener que reconocer que existe en el mundo semejante persona y no hacerme sospechoso... He comisionado á un oficial de toda confianza para que hablara con

esa dama y le prometiera verbalmente mis servicios, invitándola á que venga á Liorna para llegar mejor á un acuerdo. Mi propósito es llevarla, por medio de un engaño, á un buque y trasladarla directamente á la capital. Espero órdenes sobre este punto (1).»

Catalina contestó: «He leído la carta que os ha dirigido la embaucadora y que concuerda con la que ha escrito al conde N. J. Panin. Aquí sabemos que en julio vivió en Ragusa con el príncipe Radziwil. Procurad averiguar dónde vive actualmente, y atraedla á un lugar donde pueda fácilmente ser conducida á un buque y sometida, una vez en él, á una severa vigilancia. Si se encuentra todavía en Ragusa, os doy plenos poderes para que lleveis allí uno ó mas buques y logreis os sea entregada esa infeliz sin nombre. En caso de desobediencia (2), os autorizo para que amenaceis; y si es preciso un castigo, arrojad algunas bombas sobre la ciudad; pero si se puede conseguir su captura sin estrépito, apurad desde luego los medios que adopteis para ello (3).» Fácil es deducir del tono en que está escrita esta carta cierta indignación. Segun parece, en Rusia era general la creencia de que la aventurera era una agente de la Puerta, encargada de comprar á Orloff.

Funestas fueron para la pretendida emperatriz dos circunstancias que hicieron absolutamente imposible y absurdo creer en su triunfo contra Catalina, á saber: la prisión de Pugatscheff y con ella la pacificación de todo el Sudeste de Rusia, y la paz de Kutschuk-Kainardsche. En su consecuencia la aventurera no pudo contar ya con estos aliados, y por eso acogió más fácilmente las proposiciones que, por encargo de Orloff, le hizo en Roma el ayudante de este Kristeneck. Sin embargo para que se decidiera á emprender el viaje á Liorna hubo necesidad de emplear mucha astucia. En un principio, vaciló en fiarse de Orloff, y solo cuando este puso á su disposición considerables sumas para pagar á sus acreedores, decidióse, en febrero de 1775, á hacer el viaje.

Las ceremonias y las tretas con que Orloff, su ayudante Kristeneck, el cónsul inglés en Liorna, John Dick, y otras personas rodearon á la aventurera y la hicieron caer en el lazo, producen una mala impresión. Orloff mostró un celo excesivo en el cumplimiento de las órdenes de la emperatriz: trató con gran consideración á la supuesta princesa, mandó preparar para ella, en Pisa, una magnífica casa y fingió estar perdidamente enamorado de ella. En su carta á la emperatriz, le decía formalmente que se fingía enamorado de la aventurera, que le había regalado su retrato, etc.

El papel de pretendiente propiamente dicho parecía ser para la aventurera una cosa accidental; así por ejemplo, al avistarse con Orloff no le exigió que se declarara, con la escuadra rusa, en pro de su causa, ni hizo apenas demostración política alguna. Probablemente no llevó hasta el fin sus ambiciosos intentos; únicamente pedía dinero á Orloff y gustaba, mientras tenía fondos, de representar el papel de gran señora, papel cuyo desempeño le facilitaban con su conducta Orloff, el cónsul inglés y otras personas. El cónsul dió un suntuoso banquete, y al final aceptó la infeliz la invitación que le hizo Orloff de visitar la escuadra rusa y de presenciar desde el navío almirante las maniobras navales que en su honor se disponían. El contra-almirante Greigh salió á recibirla; se entretuvieron todos presenciando las maniobras, durante las cuales desaparecieron inadvertidamente Orloff y Greigh, y al terminar fué inmediatamente presa la extranjera por el capitán Litwinoff. Entre tanto, los agentes rusos se

(1) *Ilustración de la Sociedad histórica*, 1867, I, 57.

(2) Es decir, en caso de que no se quiera entregarla.

(3) *Ilustración de la Sociedad histórica*, I, 104-105.

habían apoderado, en Pisa, de todos los papeles y efectos de la pretendiente y de su séquito. Después Orloff creyó necesario contestar á una apasionada carta de la extranjera diciendo que también había sido preso, etc., arrestar por algunas horas á Kristeneck, y dirigirse luego por tierra á Moscou, donde dió cuenta á la emperatriz de lo sucedido; hechos todos que fueron un complemento inútil de la comedia que representaron Orloff y sus compañeros (1).

Con gran satisfacción participó Orloff á la emperatriz que había conseguido prender á la intrigante y que había dado instrucciones á Greigh para guardar el mayor secreto y evitar toda tentativa de fuga. No pudo saberse á punto fijo quién era la pretendiente, pero por los papeles que se le ocuparon, en Pisa se vió claramente en cuán íntimas relaciones había estado con los emigrados polacos (2).

Este hecho llamó mucho la atención en Toscana, donde se decía que la pretendiente había encontrado la muerte en el buque. El conocido Archenholtz refiere que, habiendo llegado, pocos días después de aquel suceso, á Liorna, encontró la ciudad presa de gran agitación; la corte toscana se mostró muy indignada y dió patentes pruebas de ello, tanto que Orloff dijo á la emperatriz que aquella corte había hecho todo lo posible para extraviar la opinión pública, y que, para salvar su vida, estaba dispuesto á abandonar su mando y á dirigirse precipitadamente á San Petersburgo (3).

Catalina se declaró satisfecha del celo mostrado por Orloff, á quien escribió en mayo de 1775, entre otras cosas: «No es probable que nadie quiera salir á la defensa de esa exaltada vagabunda, antes al contrario han de avergonzarse de haber estado en relaciones con ella. Esa comedia, como otras que han representado, ha de servir de vergüenza para los confederados polacos (4).»

La emperatriz se interesó también en los detalles de la conducción de la prisionera, la cual, por el camino, intentó varias veces arrojarse al agua, ó quitarse por otro medio cualquiera la vida. Catalina escribía al príncipe Colyzin, hablando del viaje de Greigh: «El señor Greigh, según sospecho, se dará prisa, porque conduce en su buque, como prisionera, á la mujer que, vagando con el inofensivo Radziwil, ha tenido la audacia de fingirse hija de la emperatriz Isabel. El contralmirante tiene orden de no entregarla á nadie sin la presentación de un ukase imperial. Quiero que, en cuanto desembarque Greigh en Cronstadt, deis orden para que esa mujer sea llevada á la fortaleza de Pedro-Pablo.... En caso de que Greigh desembarque en Reval hareis lo siguiente: en Reval hay una casa de corrección; escribid al vice-gobernador de allí preguntándole si aquel lugar es propio para guardar como presa á esa mujer.... Las cartas de la vagabunda serán en breves leídas y por ellas podremos deducir lo que resulte y quién es el principal actor de esa comedia, lo cual se pondrá en seguida en vuestro conocimiento. Por ahora solo sabemos que en ellas llama á Pugatscheff su querido hermano (5).»

En la tarde del 24 de mayo llegó el buque del contralmi-

(1) La carta escrita en mal alemán por Orloff á la extranjera se encuentra en el libro de Brevern, apéndice, pág. LIII-LIV.

(2) Brevern, pág. 85-86.

(3) Cartas, Brevern, pág. LXVI-LXVII. Orloff escribe que estaba dispuesto á «dar muerte hasta á los suyos.» En Italia, el pueblo se sentía inclinado á abrazar el partido de la extranjera. Un militar ruso que había estado en el Montenegro, contó al conde Orloff que no se había creído seguro en Ragusa, cuando se atrevió á decir que la extranjera era una aventurera.

(4) *Ilustración de la Sociedad histórica*, I, 107-108.

(5) *Ilustración de la Sociedad histórica*, I, 169-170, en donde la fecha de la carta está equivocada (1776 por 1775).

rante Greigh á Cronstadt y en la mañana del 26 se encontraba ya la pretendida princesa en los calabozos de la fortaleza de San Petersburgo. Todos los detalles del proceso fueron referidos á la emperatriz que se encontraba en Moscou.

En los interrogatorios procuró hacerla confesar, ante todo, quién le había inspirado el pensamiento de fingirse hija de Isabel; pero fué imposible sacar nada en claro ni respecto de este punto ni de la vida pasada de la aventurera. Esta refirió prolijamente su infancia diciendo que la había pasado en Kiel y en Persia; explicó un viaje que hizo por Rusia, en 1761 probablemente; fingióse más joven de lo que aparentaba y sostuvo que nunca se había querido hacer pasar por hija de Isabel. No había medio de persuadirla á que dijera la verdad clara. Intentó obligarla á confesar, quitando casi todos los objetos que contenía su cómodo y bien amueblado calabozo, dándole, en vez de excelentes manjares, solo lo más necesario para el sustento, y haciéndola vigilar constantemente por un oficial y dos soldados. La aventurera era presa de gran desesperación; presentáronse al poco tiempo evidentes síntomas de tisis; escupía sangre; tenía calentura y se agravaba cada día más; pero siempre sostuvo que era inocente; que eran otros los que habían esparcido acerca de ella rumores de que era hija del sultán, ó del ex-emperador Ivan, ó esposa de un cosaco, etc., etc.

Durante su permanencia en la cárcel, escribió varias veces al príncipe Colyzin y á la emperatriz Catalina. Sus cartas, llenas de estudiadas y apasionadas frases, no eran en el fondo más que vacías declamaciones. Solicitó de la emperatriz una entrevista diciendo que sus declaraciones podrían ser de gran provecho para el imperio ruso (6). Todas sus cartas estaban firmadas con el nombre de Isabel.

Poseída de indignación, escribió la emperatriz á Colyzin que significara á la prisionera que su suerte podría mejorar si ponía fin á la comedia que continuaba representando con sus cartas: «Su audacia llega á tal punto, escribía la emperatriz, que firma como Isabel: decidle que todos la tienen por una aventurera y que ha de confesar quién le aconsejó que representara tal papel. Convencedla de que debe reportarse en su conducta. ¡Voilà une fieffée canaille! La audacia que revela la carta que me ha escrito excede á toda ponderación y comienzo á creer que no está en su cabal juicio (7).»

Colyzin puso continuamente gran cuidado para conseguir algún resultado de los interrogatorios á que era sometida la prisionera: había formulado para ello veinte preguntas, en cuya redacción intervino indudablemente la emperatriz; pero la extranjera siempre tenía algo nuevo y sorprendente que contar, en vez de contestar directamente á las preguntas que se le dirigían; de suerte que el bondadoso y considerado príncipe, que se sentía inclinado á la clemencia por causa de la enfermedad de aquella mujer, acabó por perder la paciencia y por llamar á la pretendida Isabel, en sus cartas á la emperatriz, «audaz embustera.»

El siguiente episodio demuestra la necia osadía de la extranjera. Sostenía que conocía el árabe y el persa: Colyzin le dijo que escribiera en cualquiera de estos idiomas una frase que le dictó; ella trazando algunos signos quiso hacerlos pasar por persas ó árabes, y cuando algunas personas versadas en ambas lenguas dijeron que aquello era ininteligible, la aventurera, en vez de mostrar confusión, manifestó que las personas consultadas no sabían una palabra de persa ni de arábigo.

(6) «Tomo la resolución de suplicar á V. M. I. que me oiga personalmente; pues me encuentro en el caso de proporcionar grandes ventajas á vuestro imperio.»

(7) *Ilustración de la Sociedad histórica*, I, 184-185.

Durante el otoño de 1775, la salud de la desconocida empeoró sensiblemente: entonces escribió á Colyzin que se veía cercana á la muerte, suplicándole le enviara un sacerdote griego ortodoxo. Difícil fué encontrar uno que supiera el alemán: la prisionera no conocía una palabra de ruso. Ni en sus últimas cartas á Colyzin y á la emperatriz, ni en sus últimas declaraciones y conversaciones con el sacerdote, dijo nada que pudiera dar á conocer algo respecto de su persona.

En 4 de diciembre de 1775, falleció y fué enterrada al día siguiente en el patio de la fortaleza, no distante de la cárcel.

A las personas que habían estado en relaciones con la enigmática extranjera, se les impuso silencio, amenazándolas, en caso contrario, con severos castigos. Los soldados que habían cavado su sepultura y enterrado en ella el cadáver hubieron de jurar que nunca hablarían de ello; y el sacerdote que le había prestado los auxilios espirituales, tuvo que prometer, bajo pena de muerte, que callaría acerca de todo cuanto había visto u oído.

La prisionera solo sufrió mal trato durante un corto espacio de tiempo, es decir, mientras se esperó poder arrancarla alguna confesión por medio de rigores y amenazas. Fuera de este período, había sido muy bien atendida, especialmente en lo que á la comida se refería. Su habitación se componía de muchas piezas, y pudo conservar la camarera que juntamente con ella había sido presa en Liorna. El inventario que, después de su muerte, se formó de sus efectos, muestra que gastaba un gran lujo aun dentro de la cárcel (1). El germen de la enfermedad de que falleció, se había presentado ya durante su residencia en Nápoles y en Roma. Así en la cárcel, como en el buque, estuvo siempre asistida por médicos.

Entre sus compañeros de prisión, había dos polacos, Czarnomski y Domanski que, en Italia, habían formado parte de su séquito. El último de ellos amaba apasionadamente á la aventurera y declaró que estaba dispuesto á permanecer en la cárcel toda su vida si le casaban con ella. Estos dos polacos, que no resultaron comprometidos bajo el punto de vista político, así como la camarera de la supuesta Isabel, recibieron dinero para emprender el viaje y fueron conducidos hasta la frontera, después de haber prometido callar acerca de todo aquel asunto.

Pero cuanto más se esforzaba el gobierno por tener oculto el hecho, tanto más fácilmente se propalaban extraños rumores acerca de la suerte y del origen de la extranjera.

El diplomático sajón, barón de Sacken, que durante el verano de 1775 había tenido noticia de la llegada á Cronstadt de la escuadra del contralmirante Greigh con la «pretendida princesa rusa,» escribía en 16 (27) de febrero de 1776: «La supuesta y monomaniaca princesa Isabel, que hace un año fué conducida por el almirante Greigh y encerrada, poco después de su llegada, en Schlüsselburg (sic), murió allí víctima de una enfermedad que duró dos días (sic). Aunque esta muerte sea natural, como me ha asegurado persona de confianza, la opinión no lo cree así, y sobre ello se hacen toda clase de comentarios y de razonamientos. ¿Qué sucedió con su servidumbre y con su herencia? Esto es lo que no se ha podido saber (2).»

Dos años después de la muerte de la desconocida, una inundación invadió algunos subterráneos de la fortaleza; y á pesar de que las habitaciones que, durante los últimos

(1) Un guardarropa abundantemente provisto: ropas de todas clases, una infinidad de objetos de tocador, piezas de batista, veinte libros, adornos de todo género, siete pares de pistolas, arneses, etc. Véase la *Ilustración de la Sociedad histórica*, I, 193-196.

(2) Herrmann, V, 708.

meses de su accidentada vida, había ocupado la «pretendida princesa rusa» estaban situadas en la parte alta del edificio y no podían ser invadidas por las aguas, corrió la voz de que la bella extranjera había perecido ahogada en su calabozo durante la inundación de 1777, y que se la había querido hacer desaparecer, pues no se había procurado á tiempo salvarla. Un preso político, Winsky, que fué trasladado poco después á la misma fortaleza, pretende haber oído esta narración de labios de un carcelero. Las memorias manuscritas de Winsky, que fueron leídas en algunos círculos de la sociedad de San Petersburgo, contienen la relación del triste fin de la «princesa» ahogada en su calabozo por las aguas del Neva (3). Un notable cuadro de Flawizky que hace unos veinte años fué expuesto en San Petersburgo y que representaba aquella escena, ha contribuido poderosamente, en los modernos tiempos, á extender entre el pueblo esta leyenda relativa á la muerte de la aventurera; y aun recientemente la han consignado las revistas históricas (4).

En una memoria de embajada de 1778, publicada en el *British Museum*, se encuentra una narración de la historia de la hija de Isabel, según la cual fué educada en casa de un músico llamado Schwartz y luego viajó por Italia, donde conoció á Radziwil, etc. Greigh que habló de la aventurera con el autor de la memoria, le dió algunos detalles acerca de su figura y fisonomía; otro amigo le dijo que después de la muerte de la pretendiente vió á un italiano, que había estado á su servicio en la fortaleza y que entonces pedía limosna por las calles de San Petersburgo, el cual le aseguró que aquella señora había muerto de resultas de un cólico. El autor añade: «Todos sabemos qué clase de cólico fué el que la mató (5).»

Se comprende que algunos escritores, como Castera y Helbig, se aprovechen de este episodio para describir con negros colores la conducta de la emperatriz; pero la verdad es que Catalina, bien que con algo de animosidad personal, se inspiró en la idea de la seguridad del imperio y se portó enérgica y decidida para hacer frente á un peligro, cuya gravedad era difícil de apreciar en una época en que había también aparecido un Pugatscheff. El secreto de que estaban rodeadas las disposiciones del gobierno contribuyeron á que el fin de la pretendiente fuera descrito como una horrible escena, pero esta descripción no puede apoyarse en ningún fundamento histórico (6).

Catalina, desde su advenimiento al trono, tuvo que luchar por espacio de muchos años con grandes dificultades: tuvo que rechazar las tentativas de distintos pretendientes al trono, y que sofocar violentas explosiones que procedían de las últimas capas sociales. De todas estas dificultades salió vencedora. Según parece, tenía el presentimiento de que con el año 1775, hasta el cual abundaron los hechos que llevamos descritos, mejoraría su situación, considerando desde entonces como asegurada la autoridad del poder del Estado en ella representado. En este sentido se expresó en una carta que posteriormente dirigió á Grimm (7).

Para asegurar la situación de la emperatriz, se necesi-

(3) Observaciones de Longinoff en el *Archivo Rusky*, 1865, páginas 655-656.

(4) Véase, por ejemplo, la *Russkaja Starina*, X, 773.

(5) *She died of a cholick, returned the fellow. But every one knows, what kind of cholick it was that killed her. Documentos de la Sociedad moscovita*, 1870, III, 37.

(6) «Fué ahogada en su prisión,» escribe Castera, II, 25, y dice saber la noticia por conducto fidedigno.

(7) Habla en ella del buen éxito de sus disposiciones que se vienen cumpliendo desde hace diez años. En 25 de junio de 1785. Véase la *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 343.